

Presentación

Isabel Giménez Caro¹

«Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pependencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas sonadas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo»

CERVANTES

El desarrollo y la elaboración de estos relatos parten de las horas que compartimos a lo largo de unas clases que dieron comienzo con mascarilla y con cierto temor por mi parte: era la primera vez que impartía un taller de narrativa. Eso hizo que la mirada cobrara una fuerza que era capaz de mover los cristales de las ventanas.

Antes de nada y para que quede constancia: cuánto he aprendido. Solo puedo agradecer a estas personas la entrega, el entusiasmo y la dedicación con los que acudían al taller cada jueves. He de decir, así mismo, que me sorprendió, en general, el rigor y la calidad de la escritura que estos alumnos presentaban en cada clase, en cada sesión. El aula se iba llenando de

1 Se ha estructurado el libro en dos partes; en la primera, presentamos los relatos siguiendo el orden alfabético de los autores; la segunda, consta de una narración, una *petite nouvelle*, más extensa escrita por Basi R. Molina —el motivo de esta estructura es tan solo la extensión de dicha narración—. Nota de la editora.

imágenes que nos transportaban a espacios y tiempos lejanos y cercanos. Desconocidos y especulares, al mismo tiempo.

No nos hemos anclado en un solo tipo de relato, como se verá. Incluso la epístola, un género tan importante en la historia de la literatura y que no deja de tener vigencia, tiene cabida en este palimpsesto literario. El costumbrismo, el realismo, el romanticismo, la vanguardia, la memoria, la metaliteratura: textos que bajo esas etiquetas, a veces tan difusas, encontramos en este libro.

Horas, años, instantes, segundos y siglos, países, lagos y carreteras. Habitaciones y palacios. Bares, celdas y comisarías. Pisos ciudadanos y casas de campo. Playas y corrales de comedia. Cárceles y vagones de tren. Caminos, cuevas y paradores. Todo ello se nos muestra poblado por una serie de personajes que, en ocasiones, reflejan nuestra más íntima memoria. Nuestra más íntima historia. En otras, son construcciones en las que la imaginación nos permite adentrarnos. Y, en alguna ocasión, forman parte de nuestros deseos.

Se desgrana memoria y emoción a través de las creaciones de estos autores que traspasan la categoría de alumnos para, sin miedo a nadar sin guardar la ropa, adentrarse en aguas abismales, quietas, tormentosas. En aguas en las que la narrativa rema cuando anochece.

Así pues, en este libro de relatos se nos sugiere un viaje que, a través de la palabra elegida y única, explora las emociones, los sueños y las ideas que caben en cada uno de nosotros.

Qué otra cosa es si no la literatura.

PARTE I

En el silencio

Juan Agüero Simón

Sin duda, eran hombres solitarios por cuanto abandono sufrían y, aunque algunos no contaban con una decena de años, estaban curtidos por el sol intenso y el enorme frío, la sierra les había enseñado la lección perpetua de la fortaleza y el esfuerzo en el cuidado del ganado. Ellos eran adultos recios que realizaban grandes jornadas de trabajo de día en día. Habitantes del monte que velaban el pánico con la soledad profunda, alejados de los cortijos solitarios que entre los cerros se pierden. Zagalles maduros que, a siete leguas, distinguen el parpadear de un cencerro escondido en la montaña.

Y es que siempre habían sido forzados a vivir en las laderas escarpadas, allí donde ruedan animales y pastores; donde, desde la altura, sospechan la profundidad del valle, y adivinan los hilos delgados de agua, que avanzan indecisos entre las raicillas de los matojos; los que eternamente han vivido en los ambientes hostiles de los animales salvajes de las diversas especies; en las garras de la persecución, el rugido y el miedo feroz, por las colinas y montes que conforman las dehesas.

Lugares de miseria donde llegan, de lejos, manadas de cabras, ovejas y vacas, que recorren las montañas en busca de pastos, cuidados por pastores jóvenes que, al filo de los precipicios, van indicando los retazos de camino de la desdibujada vereda, mientras atienden las necesidades diarias de los inmensos rebaños, sin domingo ni fiestas. Infancia huérfana que trabaja sin indicación ni rumbo, desconociendo la predicción del tiempo y la teoría de las cabañuelas.

Criaturas curtidas que, aun siendo niños pequeños, ya sienten sus cuerpos bañados en llagas, por los movimientos bruscos, por los mordiscos, las caídas y las pisadas. Heridas de ataques que lentamente irán curando con el polvo y el lodo de los cerros, con la tierra que roban al bulbo de las bojas que, a su paso, arrancan con las albarcas o pies descalzos. Una niñez envejecida que no es socorrida ni por caballos ni por jinetes; tampoco, son apoyados por perros para el ganado. Solo la responsabilidad y el deber es su única compañía. Hasta el castigo profundo, nutridos por la miseria, se despedazan por los montes con albarca y pies descalzos.

Niños que encienden la noche con zurroncillos molidos, tendidos sobre la espalda, en cuyo interior guardan una botella de agua en plástico rancio, que van llenando en las pozas ciegas de las fuentes; junto a una translúcida y desfilachada manta que tapa el suelo y cubre el cuerpo cuando el cansancio agota a cada paso. Y quién sabe. Alguna vez, un trozo de pan tieso o algún simple bocado que disputan a los animales cuando se encuentra menos atentos. Como protección, un garrote en una mano y a ambos lados del cuello una honda colgada; en los bolsillos de remiendos, varias piedras esperan y aguardan. Desde lejos y más aún de cerca, la cara muestra tristeza y valentía, la mirada. Sus rostros expresan una enorme carencia de caricias y besos; sus rostros son el lugar donde habitan las penas del dolor inmenso.

No olvidaré nunca ese día que compartí con ellos, en fugaz visita. De pronto, un tropel de aterrados terneros que corrían despavoridos entre el agua que caía, a cántaros, y se agolpaban asustados los unos con los otros en los rincones frágiles de la noche, mientras los buscaban las vacas. Todo respondía a un hervidero veloz de un sitio a otro; a jaurías de aullidos cada vez

más cercanas, cada vez más despiertas; al zumbido fijo de la honda cargada que mueven los niños. Sonido ronco que solo se rompe al disparar la piedra que, en la negrura del aire, alcanza la frente del lobo fiero que, a su paso, va dejando un reguero de cadáveres, un enorme mar de cadáveres y cadáveres que se irían iluminando con el milagro de los relámpagos.

Aquella noche el olor era a batalla, sudor y llanto.

Una noche en que oí llegar la muerte apresurada, cuando los niños trabajan tan solos, en esas horas tan largas, donde el mundo de la indiferencia solo los recuerda para la producción y el trabajo.

Hoy una inmensa herida sangra descalza por el monte.

El saxofonista

Joaquín Berenguer Santos

I

Miraba Lolo hacia ese punto, donde el cielo y el mar se confunden y entremedias, la ciudad, abrigada por un abanico de montañas y él allí, recibiendo aquella brisa y aquellos rayos de sol que le transportaban a aquel fatídico día, un año atrás, cuando toda su vida se desmoronó, como un castillo de arena en la playa. Sucedió todo tan de repente, que aún hoy intenta encontrar una explicación. ¿Quién le odiaría tanto como para desencadenar aquella tragedia que acabó con su matrimonio, su familia, su trabajo, su consideración respetable ante sus vecinos?

Aquel día de hace un año, él, Manuel, tenía una feliz familia, en las que Esperanza y Nati, a las que no ve desde entonces, eran objeto de su cariño y entrega.

Recordaba cuando con 16 años, noviendo con Esperanza, entró de mancebo en la Farmacia de Don Antonio, y cómo este y su esposa, Doña Encarna, se convirtieron casi en aquellos padres que había dejado de tener dos años atrás. Era Don Antonio afaible y amante de la caza, que practicaba a menudo. Doña Encarna, cultivada en la música, fue la primera persona que vio en él aquellas cualidades como saxofonista y lo animaba constantemente, siendo su mentora para entrar en la Orquesta Municipal.

Fue el día en el que Manuel presentó, ante todo el pueblo, en el templete de la Plaza Mayor, y acompañado de la Orquesta Municipal, su primera obra musical, que dedicaba a la Patrona del pueblo, la Virgen de la Encarnación.

El éxito fue total. Las fuerzas vivas, en primera fila, donde también estaban Esperanza y Nati, junto a Don Antonio y Doña Encarna, se levantaron aplaudiendo con entusiasmo y no tardó en escucharse «bravos y viva la madre que te parió». Manuel estaba pletórico, era lo más grande que le había sucedido. A los 40 años, un poco mayor, quizás, había triunfado, eso sí, en su pueblo, dejando por invalidado aquel dicho de «nadie es profeta en su tierra», pero él sí, Manuel, padre y marido ejemplar, trabajador responsable, músico y ahora «compositor». Para él, en aquel su mundo, aquello era una satisfacción inmensa.

Como si de una linterna mágica se tratara, iba Lolo, pasando por su cabeza, cada una de aquellas escenas vividas, hoy hace un año.

Y veía a Esperanza, levantada, aplaudiendo a rabiar, pues ella, más que nadie, sabía del esfuerzo y sacrificio que había hecho, durante tanto tiempo, para llegar a ese momento.

Y veía a Doña Encarna, Encarni, sin Doña, como quería ella que le llamara, también de pie, con aquella mirada de admiración, y con el abanico totalmente desplegado sobre el pecho, era su señal, le estaba diciendo: «espérame». —¿Por qué no corté en su momento? —se preguntaba— mientras una nueva imagen se proyectaba en su cabeza.

Era un chiquillo que, entre el respeto que le producía Doña Encarna y el furor de la testosterona, se dejó arrastrar por aquellos juegos (inocentes para él), que pronto se convirtieron en algo más. Y se vio atrapado, sin saber cómo salir de aquel enredo. Vino su matrimonio y se volcó en Esperanza, a la que adoraba, llenándola de atenciones, quizás como penitencia, tal vez para que «Encarni» se olvidara de él. Pero entre que le empezó a gustar aquel juego (era ella todo un torbellino), y que no

quería arriesgarse a un enfrentamiento, pues además de esposa de su jefe, era la hija del alcalde, no puso coto a aquellos juegos.

Intentaba Lolo justificarse a él mismo por aquella situación, ¿Quién no tenía un lío en el pueblo?, ¡a ver! Era conocedor de muchos «dimes y diretes» de sus vecinos: «que si a Virtudes y a Casimiro los vieron la otra tarde en el pencial», «que si al sargento lo pillaron en el molino con ...», «y Don Felipe, el cura, metiéndole mano al pobre Cleofás» —¡anda que este!, si por mí fuera, ¡se la cortaba!, —y seguía en esos pensares, tratando de generalizar para así tapar su «desliz».

Y las escenas seguían proyectándose en su interior, una tras otra, sin contemplación.

Había bajado Manuel del Templete, y recibía los besos de Esperanza y Nati, orgullosas las dos de él, cuando se acercó aquel señor desconocido, presentándose como Santiago, empresario musical, que regentaba un club de Jazz, en la ciudad, el Charlie Parker, donde había actuaciones en directo. Nati aprovechó el momento para irse con Dani, su novio, comerían juntos en casa de los padres de él y Esperanza, que sabía que a él le enorgullecía aquel reconocimiento, se despidió del recién llegado y dirigiéndose a Manuel, le dijo:

—Cariño, me marcho para casa, no tardes, he preparado algo especial.

—Vale, lo intentaré, pero ya ves cómo está el patio, —dijo —señalando a todos los que esperaban para felicitarle.

Seguía Lolo mirando hacia aquel punto donde se confundían los azules, intentando escudriñar en los recuerdos que se le iban presentando.

Cuánto más seguros nos sentimos en el confort de nuestras vidas, más inseguros estamos ante el devenir de ciertas realida-

des que nos dejan desnudos, pero sin la inocencia de aquella primera desnudez. Seguía aquella maldita linterna trayendo y llevando imágenes de aquel fatídico día.

Cuando llegó Manuel, Encarni ya estaba allí, en el almacén de la Farmacia que daba al callejón, por donde nadie pasaba, como no fuesen los gatos, cerrando la puerta tras de sí. Lo que había comenzado con pequeños tocamientos e insinuaciones cuando él entró a trabajar en la Farmacia, con el tiempo se convirtió en momentos lujuriosos, explosivos, que Encarni disfrutaba desde su posición de dominio y de mujer más madura. Recordaba cómo al principio se resistía y cualquier oportunidad era utilizada para salir de aquella tela tejida con maestría por una mujer insatisfecha en su matrimonio y con unos gustos que sólo con Manuel, y de aquella manera anónima, podía desfogar.

Se balanceaba Lolo en su butaca y a cada ir y venir, adelante y atrás, las escenas se sucedían.

No todo fueron rechazos ni huidas, con el tiempo, también a él le atrapó el deseo y se entregaba con locura a aquellos juegos amorosos, de los que acabó siendo un experto, y bien que los aprovechó, en sus viajes semanales a la ciudad, cuando iba a hacerse cargo de los asuntos de la Farmacia y de los que volvía siempre con un regalo para Esperanza, a la que, según las vecinas, «la tenía en un pedestal». A los más íntimos, llegó a confesarles que, cuando salía del pueblo, se quitaba la alianza, con el fin de tener el camino libre para el engaño.

Pero mira, se decía, a veces las cosas no salen como uno las planifica, sino que suceden y... y sucedió que alguien se coló en el patio, saltando la tapia, donde daba una ventana, desde la que se podía observar el interior del almacén.

El resto de aquel día fue para Manuel todo un carrusel de sensaciones y vivencias que no olvidaría en mucho tiempo.

Esperanza había preparado su plato preferido, Nati estaba con Dani y la familia de éste, así que después de comer, hicieron la siesta, juguetona, en el sofá, excusándose Manuel en la intensidad de las emociones de aquel día, para no consumir lo que tanto le apetecía a Esperanza, y ésta, siempre tan comprensiva, lo dejó dormir.

Y llegó aquel fatídico momento en el que su vida se precipitó por una alcantarilla. Tocaron a la puerta, abrió Esperanza, era Don Antonio, con la cara desencajada y haciendo aspavientos con unas fotos en la mano.

Y se vio subiendo a la habitación, perdido, en el fango, cogiendo lo imprescindible que metió en una maleta, sin olvidar su saxo y salió de aquella casa, hoy, hace un año.

—¡Lolo, cariño, que te vas a enfriar, pasa dentro, anda!,—y Lolo se levantó de la butaca, miró una vez más a la lejanía y pensó: — ¿qué habría sido de mí sin Lulú?, ¿Cómo estarán Esperanza y Nati?, ¿qué habrá sido de Encarni?

II

Seguían los rayos de sol acariciando a Lolo, mientras al ritmo del balanceo de la butaca, los recuerdos volvían a estar presentes y recordaba aquella tarde que, con una maleta y un saxo, se presentó en el Charlie Parker:

—Hola Santiago —saludó al entrar—.

—¡Hombre, tú por aquí!, pronto has venido —se quedó Santiago mirando la maleta.

—Me vendría bien encontrar un alojamiento y tocar con la banda, como me propusiste.

—¿Has tenido problemas?

—Bueno, algún contratiempo, no quiero hablar de eso ahora

—Vale. Puedes quedarte unos días, mientras buscas alojamiento, en la habitación de arriba, te acompaño y luego te presento a la banda.

Era una habitación pequeña, con una cama pequeña, un pequeño armario y con un ventanuco alto que daba a no se sabía dónde. Era suficiente, su vida cayó de repente por el abismo y aquello le daba un mínimo de seguridad. No había tiempo para lamerse las heridas, dejó la maleta y cogió su saxo, al que acarició, se lo habían regalado Esperanza y Nati en su cumpleaños, —¡vamos, Manuel, hay que sobreponerse! —se dijo en voz alta, con el fin de darse ánimos. Bajó y se dirigió hasta donde estaba Santiago, que ya le esperaba junto a Chapi, Curro y Kino, los componentes de la banda y que tocaban piano, bajo y batería, respectivamente. Tras la presentación, se dirigieron a una especie de camerino que había en un lateral del escenario donde actuarían en un rato. Allí comentaron sobre notas, acordes, música, en definitiva. Tenían toda la impresión de que hablaban el mismo idioma y que les sería fácil tocar juntos. También hablaron del ambiente del local, de las tías tan buenas que aparecían por allí, —seguro que te animas, hombre —le decían, intuyendo, más que conociendo, la situación de Manuel.

—Por cierto, hay que buscarte un nombre más apropiado, Manuel no mola, tío —había dicho Chapi.

—Pues yo, la verdad, no sé —contestó Manuel.

—A ver, Manuel, Manolo, Lololo, ¡Lolo!, ¡ya está!, ese será tu nombre desde ahora.

Y así fue como Manuel, dejó de llamarse tal, para ser Lolo. Aquella noche fue apoteósica, los cuatro no solo tocaron como si lo hubieran estado haciendo mucho tiempo juntos sino que disfrutaban y eso la clientela lo percibió y estaba encantada. Había una mujer, de pelo castaño, largo, ondulado con un

cuerpo espectacular que aquel vestido tubular ayudaba a realzar que, desde una mesa en el fondo, no dejaba de mirarle con aquellos ojos inquietos y penetrantes, que él correspondía dirigiéndole las notas de su saxo con aquellos movimientos de contorsionista. Era costumbre hacer un descanso que los músicos aprovechaban para acercarse a aquellas mesas donde creían que podían sacar «algún provecho» y Lolo fue primero a por un gin-tónico y se dirigió a aquella mesa.

—Hola, soy Lolo, ¿me puedo sentar? —y se sentó sin esperar una respuesta.

—Ya veo que pisas con poderío.

—Bueno, soy así, no me gusta andarme con rodeos, pero si te molesta, me voy.

—No es necesario, me ha gustado tu manera de tocar, tienes sensibilidad, quizás...

—En ese momento, le hicieron señas para que se incorporase al escenario.

—Espérame, aquí dejo mi copa, ¡vuelvo!

El cuarteto se entregó, poniendo alma y entusiasmo en cada una de las interpretaciones, y Lolo miraba hacia aquel rincón, donde unos ojos escrutaban cada centímetro de su cuerpo y él lo sentía y sacaba del saxo unas notas cada vez más envolventes.

La noche musical llegó a su fin. Chapi, Curro y Kino le felicitaron, dándole la bienvenida al cuarteto y se despidieron bien acompañados. Santi, que así se hacía llamar Santiago, se le acercó y le felicitó también. Lolo se había olvidado de su situación, había triunfado como músico y... aquella chica, todo un bombón, que le había cautivado y esa actitud tan enigmática, pero no sabía su nombre... dejó a Santi y se dirigió hacia donde estaba ella, pero... ¡no había nadie!, solo estaba su vaso y una

nota debajo de este que decía: «Me ha encantado conocerte, Lolo, y a tu saxo alto, ¿tienes otras cosas?»

—¡Joder!... ¡Santi, oye!, ¿conoces a la chica que estaba en esta mesa?

—No, pero viene con frecuencia, y siempre sola.

Continuaba Lolo meciendo sus recuerdos, sintiendo en su rostro una sonrisa gustosa, cuando en aquel ir y venir se le presentaban aquellos recuerdos.

Dos días después, mientras tocaban, vio cómo en la mesa del fondo, volvió a aparecer ella, a Lolo le dio un pellizco en el estómago, la miró y se inclinó, enviándole una nota envolvente. Pronto llegó el descanso, y poco tardó Lolo en plantarse con su copa de gin-tónico en la mesa.

—Hola, estrella fugaz —saludó Lolo, sentándose.

—Sigues igual de imperioso.

—Ah, por cierto, sí, tengo otras cosas.

—Me alegro, espero que sean compartibles.

—Por supuesto y, por cierto, no sé cómo te llamas, te fuiste así, tan de repente, que ni tu nombre me dijiste.

—Lulú.

—Jajaja, ¡qué gracia!, ¿no?... Lolo y Lulú

—Sí, son parónimas, tiene su gracia.

En ese momento le hicieron una señal para que se incorporara al escenario.

—Oye, vuelvo a dejar mi copa aquí, espero que hoy no desaparezcas, me gustaría hablar contigo, no he dejado de pensar en ti y...

Se levantó mientras apretaba la mano de ella, sintiendo que la intensidad era correspondida, una sonrisa amplió su boca.

Terminaron la actuación, con el público entregado y después de dejar los instrumentos y cambiar impresiones sobre notas y ritmos, cada uno se fue por un sitio, despidiéndose hasta el día siguiente. Lolo fue hacia la mesa donde Lulú, esta vez sí, lo esperaba y, al acercarse a ella, le dio un beso insinuante, que fue correspondido.

Le contó Lolo, su situación, a su manera, obviando su condición de padre de familia, esposo infiel, echado de casa, y que tuvo que salir por pies del pueblo, pueblo en el que ahora lo estarían despellejando. Así que, para Lulú, era un músico que quería abrirse camino en la ciudad y que estaba solo, que necesitaba cariño y ella estaba dispuesta a dárselo. Tenía Lulú el coche cerca del club y hasta él se dirigieron, ansiosos por llegar a casa. La miraba Lolo, como si todo fuese producto de un sueño, no se lo podía creer, —¡qué mujer!, la vida era así, ¡una de cal y otra de arena, o una de arena y otra de cal!, ¡qué más daba!, allí estaba él con aquella mujer espectacular, camino de su casa, que ahora lo acogía, ¡y de qué manera!— iba pensando Manuel, bueno ¡Lolo!

Por su parte Lulú también iba ensimismada en sus pensamientos, se acabó aquella soledad que la consumía día a día, por fin alguien con quien compartir y a quien darle todo su cariño, que era mucho, ¿cómo se lo tomaría él?, aquello la turbaba un poco pero no quiso adelantar acontecimientos. Llegaron a una bonita zona residencial, entraron al aparcamiento y, tras coger la maleta y el saxo, subieron al ascensor, hasta el último piso; Lolo estaba impresionado, ¡qué suerte la suya!,—pensaba—. Lulú abrió la puerta y le dijo:

—Entra, no te quedes parado, ¡estás en tu casa!

—¡Joder, Lulú, ¡cómo te lo montas!

Lolo estaba «flotando», sí esa era la sensación y ¡la realidad!, se encontraba en un ático, con la ciudad a sus pies, ¡qué maravilla!

—Mira, puedes poner tus cosas en esta parte del armario, mientras yo preparo algo de comer.

Lolo, se dio la vuelta y la rodeó entre sus brazos, y empezó a jugar con sus manos entre los cabellos de Lulú, comiéndosela a besos y ambos cayeron en la cama, donde sus cuerpos se entrecruzaban, y...

—¡Pe, pero qué es esto! —farfulló Lolo, saltando de la cama como un resorte.

—¡Joder, Lulú, con lo buena que estás! —decía Lolo para sí, apoyando ambas manos en el ventanal y mirando el mar de luces que brillaban allí abajo. Él, que toda su vida había sido una pantomima, llena de incoherencias, falsedades, traiciones y que había roto una familia, bueno dos y un estatus, ahora tenía delante de él aquel cuerpo de mujer, que le brindaba protección, seguridad y ¡hasta cariño!, pero que tenía entre sus piernas, un, un ... ¡un saxo, que iba a tocar hasta sacarle las notas más envolventes que nunca consiguió! Y, dándose la vuelta, se quedó mirando a Lulú, que se mantenía allí tendida, boca arriba y se fue hacia ella y empezaron un juego que terminó al amanecer cuando los rayos del sol que entraban por la ventana bañaron sus cuerpos exhaustos. Recordaba Lolo todo esto, mientras miraba con cariño a Lulú, que quiso aprovechar también aquellos rayos de sol, tumbada junto a él y cogiéndole la mano, se la besó con cariño, y el balanceo de la butaca le traía nuevos recuerdos que se iban acompasando.